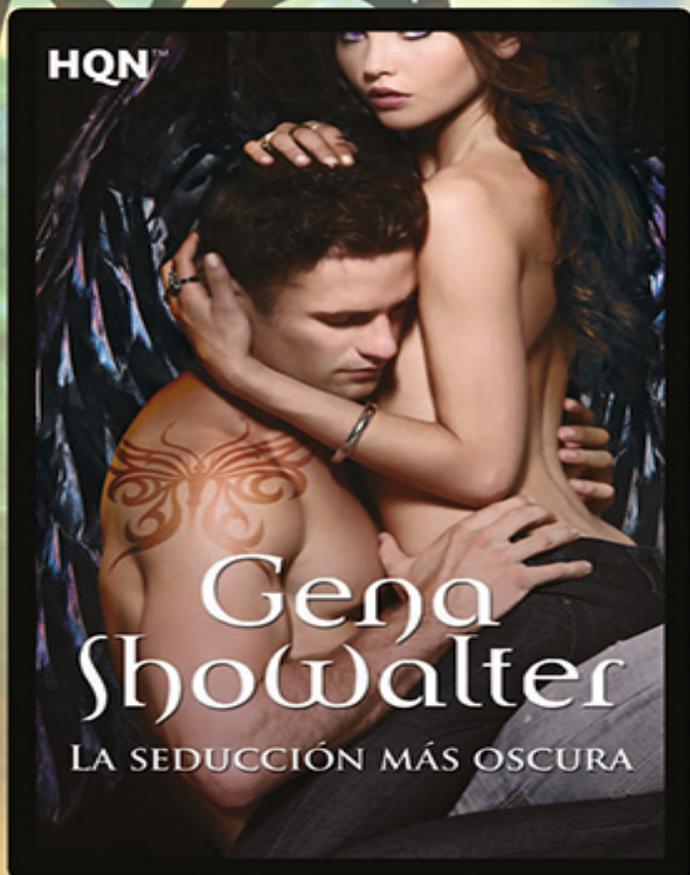
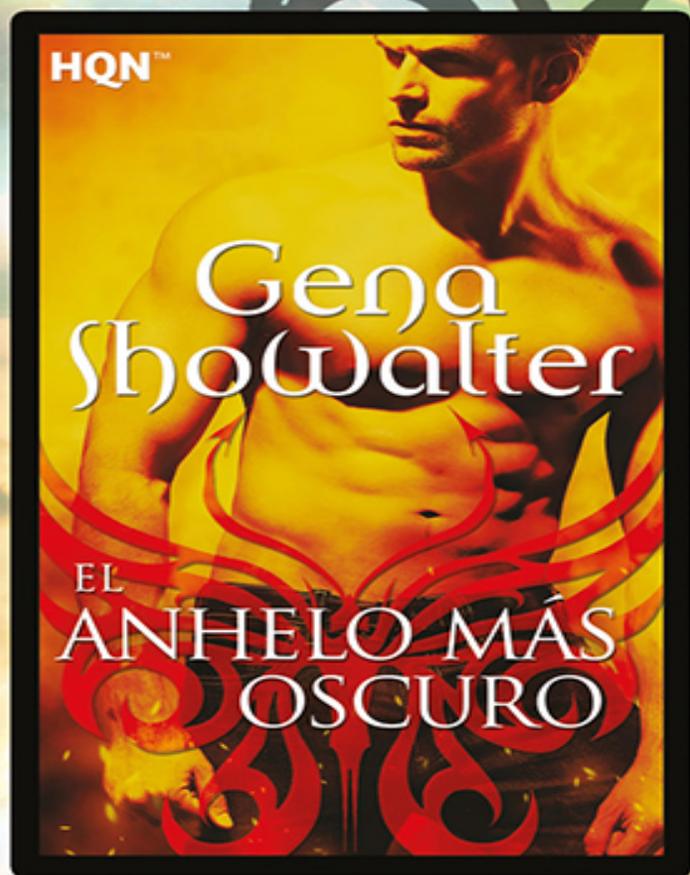


Gena Showalter



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-pack HQN Gena Showalter, n.º 267 - Julio 2021

I.S.B.N.: 978-84-1105-100-2

Table of Content

[Créditos](#)

[Secreto más oscuro](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Glosario de personajes y términos](#)
[Promoción](#)

[La rendición más oscura](#)

[Nota de los editores](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Glosario](#)

[Promoción](#)

[El anhelo más oscuro](#)

[Agradecimientos](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Glosario de personajes y términos de los Señores del Inframundo](#)

[Publicidad](#)

[La seducción más oscura](#)

[Citas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)

Capítulo 52
Epílogo
Publicidad

A muscular man with intricate black tattoos on his chest and arms is shown from the waist up, looking upwards. The background is a dark blue sky with bright, glowing lightning bolts. The overall mood is dramatic and intense.

HQN™

Gena Showalter
EL
SECRETO MÁS
OSCURO

Estaba escribiendo este libro cuando murió mi querida amiga, Donnell Epperson. Era una mujer con una fe inquebrantable y una enorme capacidad de amar, que soñaba con convertirse en una autora con publicaciones. Por desgracia, murió antes de que su sueño se hiciera realidad. Y eso es una pena, o una «Desgracia Gloriosa», como habría dicho ella con una preciosa sonrisa de picardía. Tenía verdadero talento, y se entregaba completamente al trabajo.

Por eso, éste es para ti, amiga mía. Y cuando Jill, Sheila y yo vayamos al Cielo, me da la sensación de que estaremos hablando de dónde están situadas nuestras mansiones. Me pido la de en medio. Hasta entonces, seguiré echándote de menos con todo mi corazón. Resérvame un abrazo, y dile al Gran Jefe que no soy tan mala. Algunas veces. Mientras, no es ningún secreto que siempre te querré.

Capítulo 1

Strider, el Guardián del Demonio de la Derrota, atravesó las imponentes puertas de la fortaleza de Budapest, una fortaleza que compartía con un grupo de amigos cada vez más grande. O más bien, con hermanos y hermanas, más por las circunstancias que por los lazos de sangre.

Tenía un gran sentimiento de placer. Lo había conseguido. Después de perseguir a su enemigo por otros continentes y de haber echado por la borda una de las cuatro reliquias necesarias para encontrar y destruir la caja de Pandora, cosa por la que le iban a dar una buena paliza, después de que lo devoraran vivo los insectos y después de que le hubieran clavado un cuchillo, había vencido por fin. Y estaba dispuesto a celebrarlo.

-Soy el rey del mundo, tíos. Venid aquí a admirar mi gloria -dijo en el vestíbulo, con expectación, con impaciencia.

Nadie le devolvió el saludo.

Daba igual. Con una sonrisa, se colocó más cómodamente a la mujer inconsciente que llevaba sobre el hombro. Más cómodamente para él. Era la enemiga a la que había estado persiguiendo, y la chica que le había clavado un cuchillo en el páncreas. Estaba ansioso por

contarle a todo el mundo lo que había conseguido: atraparla.

– ¡Ya he llegado! ¿Hay alguien en casa?

Tampoco hubo respuesta. Su sonrisa se apagó un poco. Demonios. Cuando perdía una batalla tenía que soportar un dolor atroz durante días. Cuando ganaba, sin embargo... Sentía una energía vibrante y caliente en las venas, un entusiasmo que quería compartir con amigos. Y, demonios, si allí vivían doce guerreros y sus compañeras, ¿no había nadie cerca para darle la bienvenida?

En realidad, se lo merecía, porque llevaba siete días sin llamar ni mandar un mensaje, aunque no hubiera sido culpa suya. Había tenido que ocuparse de su prisionera, y además, en su última llamada le habían dicho que había pasado el peligro y que todo el mundo podía volver a casa, así que había podido dejar de preocuparse por cómo estaban los demás.

Así que, bueno... Era mejor que nadie quisiera celebrarlo con él. Así podía ocuparse mejor de sus asuntos.

– Gracias, tíos. Sois los mejores, de verdad.

Siguió hacia delante, y para consolarse, imaginó cuál iba a ser la expresión de su prisionera cuando despertara y se viera encerrada en una jaula. Sin embargo, la sonrisa acabó de borrarle de los labios cuando vio que estaba rodeado por cosas muy poco familiares.

Sólo había estado fuera unas cuantas semanas, y creía que los demás también, pero en ese tiempo, alguien se las había arreglado para convertir aquella monstruosidad que

ellos llamaban «hogar» en un escaparate. El suelo, que era de losas de piedra rotas y cemento, había pasado a ser de mármol blanco con venas ámbar. Las paredes, igualmente deterioradas, estaban cubiertas de madera de palisandro bien encerada.

Antes, la escalera de caracol estaba agrietada; ahora brillaba sin un solo defecto y tenía una barandilla dorada. En la esquina había una butaca tapizada de terciopelo blanco, y más allá, vitrinas de cristal que contenían jarrones de colores, cajas con piedras incrustadas y puntas de lanza antiguas.

Todo aquello era nuevo.

¿Tantos cambios en menos de un mes? Parecía imposible, ni siquiera con los Titanes apareciendo y desapareciendo a su libre albedrío. Tal vez porque a aquellos dioses les interesaba más el caos que la decoración de interiores. Sin embargo, quizá mientras se congratulaba de haber hecho bien su trabajo, se había metido en la casa equivocada. Le había ocurrido más veces.

No. Era su casa. Tenía que serlo. En la pared que había junto a la escalera estaba colgado el retrato de Sabin, el Guardián de la Duda. Desnudo. Sólo una persona tenía arrestos para tomarle el pelo por ello: Anya, la diosa de la Anarquía, que se había unido a Lucien, el Guardián de la Muerte. Una pareja rara, en opinión suya. Aunque era mejor reservársela; mejor guardar silencio que perder un miembro del cuerpo. A Anya no le gustaba que nadie la cuestionara. Sobre nada.

–Hola, Tor Tor –gritó.

Torin, el Guardián del Demonio de la Enfermedad. Nunca salía de la fortaleza. Siempre estaba allí, observando las imágenes de las cámaras que había por toda la finca en los monitores de la sala de seguridad.

Tampoco hubo respuesta, y Strider comenzó a preocuparse. ¿Había sucedido alguna catástrofe? ¿Alguien había borrado del mapa a todos los demonios? Entonces, ¿por qué seguía él allí?

Oyó unos pasos y sintió alivio. Miró hacia la parte superior de la escalera y vio a Torin, con la melena blanca alrededor de la cara, y sus ojos verdes, tan brillantes como esmeraldas.

–Bienvenido a casa –le dijo Torin, y añadió–: Capullo.

–Gracias por el saludo.

–No llamas y no escribes, ¿y quieres un abrazo?

–Pues sí.

–Era de esperar.

Torin iba vestido de negro de pies a cabeza y llevaba las manos enguantadas. Con respecto a la moda, aquellos guantes eran una exageración. Sin embargo, eran necesarios para proteger a la humanidad. Con un simple roce de la piel de Torin se desencadenaba la peste. El demonio de Torin transmitía aquella enfermedad, y aunque a Strider, como inmortal no conseguiría matarlo, sólo causarle tos, fiebre y vómitos de sangre, a la raza humana la aniquilaría. Una vez que comenzaba, la epidemia era imparable.

–Bueno, ¿y andan bien las cosas por aquí? ¿Qué tal están todos? –le preguntó a Torin.

–¿Y ahora quieres saberlo?

–Sí.

–Era de esperar. Bueno, en general las cosas marchan bien. La mayoría de los chicos están fuera, escondiendo los artefactos y buscando el último. Los que no están haciendo eso están buscando a Galen.

Torin bajó el resto de las escaleras y se detuvo. Permaneció a distancia, como siempre. Miró a la mujer con una expresión divertida.

–Entonces, ¿tú también te has enamorado? ¡Qué decepción! Creía que tendrías más sentido común.

–Por favor. Yo no quiero tener nada que ver con esta bruja –respondió, aunque no fuera cierto. Durante su viaje, que le había parecido eterno, la había deseado más y más, aunque se odiara por ello. Tal vez ella fuera puro sexo, pero también era mortal.

Torin sonrió.

–Eso es lo que dijo Maddox de Ashlyn. Y Lucien sobre Anya. Y Reyes sobre Danika. Y Sabin sobre...

–De acuerdo, de acuerdo. Lo he entendido. Ya puedes callarte.

Torin se cruzó de brazos.

–¿Y quién es? ¿Una humana con habilidades sobrenaturales? ¿Una diosa? ¿Una arpía?

Los chicos tenían tendencia a elegir mujeres de mito y leyenda. Mujeres que eran más poderosas que sus

demonios. Ashlyn podía oír voces del pasado. Anya podía encender fuegos con la mente, entre otras cosas. Danika podía ver en el cielo y el infierno, y la esposa de Sabin, Gwen... bueno, ella tenía un lado oscuro que uno sólo veía antes de morir. Dolorosamente.

–Amigo, lo que tenemos aquí es una Cazadora hecha y derecha –dijo Strider, dándole unas palmadas en el trasero, como si quisiera recordarse que no significaba nada para él.

La chica no reaccionó, pero era de esperar. La había drogado repetidamente mientras la arrastraba de un extremo del mundo al otro. De Roma a Grecia, de Nueva York a Los Ángeles, y finalmente, a Budapest. Para intentar salvarla, sus compañeros los habían seguido durante todo aquel itinerario.

Pero no iban a conseguirlo.

«¡Hemos ganado!», dijo su demonio entre risas.

«Claro que sí». Strider se estremeció de gozo.

–¿Una Cazadora? –preguntó Torin, y la diversión se le borró de la cara. Sus ojos verdes se convirtieron en dos cuchillas afiladas.

–Eso me temo.

Los Cazadores. Sus peores enemigos. Los fanáticos que querían destruirlos. Los consideraban perversos más allá de toda redención. Una escoria. Los culpaban por todos los males del mundo. Eran individuos a quienes Strider iba a mandar al infierno, uno detrás de otro. O, con granadas, varios a la vez. Dependía de su estado de ánimo.

–Deberías haberla matado ya –dijo Torin–. Ahora, Sabin querrá hablar con ella.

Para Sabin, hablar era lo mismo que torturar.

–Ya lo sé. Por eso todavía sigue viva.

Ella sabía cosas sobre los dioses, y podía hacer cosas imposibles, como por ejemplo, hacer que aparecieran armas como por arte de magia. Eso era algo que sólo podían hacer los ángeles guerreros. O eso pensaba él. El problema era que ella no era un ángel. Y no sólo porque le faltaran las alas. Aquella chica tenía mal genio.

Él quería saber cuánto sabía ella, y cómo sabía lo que sabía.

Además, no había sido capaz de deshacerse de aquella Cazadora durante todo el tiempo que había estado a solas con ella. Cada vez que lo había intentado, había visto su preciosa cara y había vacilado. La vacilación había dejado paso al deseo, y él había tenido que contener las ganas de besarla en vez de terminar con ella.

Sabin no le dejaría que lo evitara. Sabin le obligaría a actuar. A Strider no le quedaba más remedio que cumplir con su obligación. Porque... Apretó los puños. Porque aquella mujer, aquella atrocidad andante...

Apretó también la mandíbula, con tanta fuerza que sintió una punzada de dolor en las sienes. Experimentaba la misma sensación siempre que pensaba en lo que había hecho aquella mujer mucho tiempo atrás. Había ayudado a decapitar a su amigo Baden, el Guardián del Demonio de la Desconfianza.

Strider nunca podría perdonárselo, ni olvidarlo.

Aquella decapitación había sucedido miles de años antes, pero para él seguía siendo algo tan doloroso como si hubiera ocurrido aquella misma mañana. Junto a su amigo, aquel día había muerto una parte de su alma, y tal y como aquella chica había podido aprender durante su viaje de vuelta a la fortaleza, también se le había marchitado una buena parte del corazón.

La misericordia no estaba entre sus cualidades. Ya no. Y menos para ella.

Strider pensaba que ya la había matado, por venganza, todos aquellos siglos antes. Recordaba la cuchillada de su espada, la marea roja de su sangre y el olor metálico de la muerte. El sonido de su cuerpo cayendo sobre las rocas, y su último aliento. Sin embargo, allí estaba, viva, coleando, volviéndolo loco.

Tal vez la hubiera matado. Tal vez ella había renacido. O tal vez su alma había ocupado otro cuerpo. O tal vez aquella mujer fuera una inmortal y se había curado después de la decapitación. Él no lo sabía, y tampoco le importaba.

Lo único importante para Strider era su identidad. Se trataba de Hadiee, de la antigua Grecia. Bueno, en la actualidad, ella se llamaba Haidee. Evidentemente, había cambiado la pronunciación de su nombre para modernizarlo. A él no le importaba. Para él siempre sería Ex, siempre sería la Ejecutante de Demonios, y eso era todo.

La prueba de sus crímenes podía leerse en sus ojos fríos de color gris. En su tono de orgullo cada vez que hablaba de aquella noche: «Me encantó cómo rodó su cabeza, ¿a ti no?». Y en los tatuajes que llevaba en la espalda: *Haidee 1. Señores 4.*

Se merecía todo lo que le hicieran Sabin y él.

–Voy a llevarla a las mazmorras. Si no te importa, dile a Sabin que...

–No, Strider. Primero tienes que ver una cosa...

Strider se detuvo con un pie a medio paso al percibir algo parecido al miedo en la voz de su amigo.

–Has dicho que todo iba bien. ¿Qué sucede?

Torin agitó la cabeza.

–No puedo explicártelo hasta que lo hayas visto. Y yo he dicho que las cosas iban bien en general, no completamente. Vamos, ven y...

–La chica...

–Tráela.

Torin comenzó a subir las escaleras de dos en dos, y Strider lo siguió con la Cazadora al hombro. ¿Qué era tan importante como para que Torin no le diera tiempo ni siquiera para encerrarla en el calabozo?

En cuanto llegó al piso superior, se quedó boquiabierto. Ángeles. Muchos ángeles. Por eso la casa tenía una decoración nueva; era la intervención divina, y todo eso. A los ángeles les gustaban las cosas bonitas.

Estaban alineados junto a la pared. Tenían las alas de plumas blancas y doradas, pero eran alas de guerrero. Su

olor perfumaba el aire con aromas de orquídea, champán, chocolate y rocío matinal. Tenían estaturas diferentes, aunque ninguno medía menos de dos metros y medio. Todos llevaban túnicas femeninas de color blanco, pero su musculatura no tenía nada que envidiarle a la de los Señores.

Casi todos eran seres masculinos, pero todos ellos eran asesinos de demonios, entrenados para perseguir y destruir, o para proteger cuando se les encomendaba la tarea. Como no se abalanzaron sobre él blandiendo sus espadas de fuego, Strider supuso que estaban allí para lo último.

Los estudió atentamente, intentando conseguir respuestas. Eran veintitrés en total, pero ni uno solo de ellos lo miró. Mantuvieron la vista al frente, el cuerpo erguido y las manos a la espalda. No hicieron ni un solo sonido.

Físicamente, le causaron embeleso. Era vergonzoso admitirlo, pero tenían un magnetismo increíble e hipnótico. Eran como una droga para los ojos.

Tenían el pelo de colores distintos, desde el negro de la medianoche hasta el blanco de la nieve, pero el favorito de Strider era el dorado. Tan puro, tan fluido... Casi parecía que tenía vida. Aunque a él no iba a ocurrírsele decirles nada jocoso sobre aquellos rizados tan remilgados.

Tal vez no estuvieran atacándolo, tal vez ni siquiera lo miraran, pero irradiaban muerte.

Alguien carraspeó. Strider pestañeó y recordó que estaba con Torin.

–¿Por qué? –le preguntó.

–Aeron y William se llevaron a Amun al infierno en misión de rescate. Consiguieron sacar a Legion de allí. Está viva, y se está curando, pero Amun...

Strider comprendió el resto de la frase, y tuvo ganas de dar un puñetazo en la pared. El guardián de los Secretos tenía voces nuevas en la mente.

Él había estado junto a Amun durante miles de años. Sabía que el demonio del guerrero absorbía los pensamientos más oscuros de cualquiera que estuviera cerca. Cosas enterradas, horribles, truculentas, humillantes. Cosas que podían cambiar un alma. Y si Amun había estado en el infierno, donde los demonios campaban en sus formas más puras, tendría la cabeza llena de toda clase de susurros malevolentes y de imágenes pervertidas que estarían ahogando la esencia de lo que él era en realidad.

O más bien, de quien había sido.

–¿Y los ángeles? –preguntó Strider.

–Querían matar a Amun, pero...

–¡No! –rugió Strider. Cualquiera que tocara a su amigo perdería las manos, los miembros, los órganos y la vida.

Dejó a Ex en el suelo y dio un paso hacia delante mientras echaba mano de su cuchillo.

Derrota sintió su necesidad de destruir y se echó a reír.

«¡Ganar!».

–Alto –dijo Torin, y alzó un brazo para detenerlo–. Deja que termine de explicártelo. Querían matarlo, pero no lo van a hacer.

Strider se detuvo en seco, con un sudor frío de toda la rabia que había sentido.

«¿Ganar?», gimoteó su demonio.

«Nadie nos ha desafiado», respondió él. Por lo tanto, podía retirarse sin consecuencias.

«Oh», respondió el demonio en tono de desilusión.

–Entonces, ¿por qué están aquí? –preguntó.

A Torin se le ensombreció la mirada.

–Amun no sólo absorbió nuevos recuerdos. Absorbió sirvientes demonios.

–¿Cómo es posible? Yo he vivido con él durante siglos y nunca ha absorbido a mi demonio.

–Ni el mío. Pero los nuestros son Señores que pueden vincularse a los humanos. Éstos eran meros subordinados, y como sabes, sólo pueden vincularse a Señores. ¿Y qué hicieron? Vincularse al de Amun. Ahora está... contaminado, y es más peligroso que un solo roce de mi piel. Los ángeles lo están custodiando. Están limitando el contacto que tiene con los demás para asegurarse de que no se haga daño a sí mismo, ni tampoco a los demás.

Strider puso mala cara. Amun rara vez hablaba, porque contenía los secretos que robaba sin saberlo para que nadie más tuviera que enfrentarse a ellos, ni temerlos, ni ponerse enfermos. Era una carga espantosa que pocos podrían soportar. Y, sin embargo, lo hacía porque no había nadie

que estuviera más preocupado que él por el bienestar de los demás. Así pues, no era ningún peligro. Strider se negaba a pensarlo.

–Expíciate mejor –le dijo a Torin.

–Irradia maldad. Si entras en su habitación sentirás esa oscuridad. Querrás cosas malvadas, y no podrás zafarte de ese deseo. Tendrás que aguantarlo durante días.

A Strider no le importaba. Y además, todavía no podía creerlo.

–Quiero verlo.

Torin vaciló un instante, pero después asintió.

–¿Y la chica...?

Tras él hubo un ruido de ropa al moverse, y un gemido femenino. Strider se dio la vuelta y vio que uno de los ángeles había tomado a Ex en brazos y la llevaba hacia la habitación contigua a la de Amun.

Estuvo a punto de arrebatársela a aquella criatura celestial, pero se contuvo. Los ángeles no entenderían la profundidad del odio que sentía por ella. Verían a Haidee como una humana inocente que necesitaba cuidados. Sin embargo, Amun era mucho más importante que cualquier Cazador, así que Strider no se movió.

–Para que lo sepas, es peor que un demonio –le dijo al ángel–, así que si quieres proteger a los tuyos, lo mejor será que la custodiéis como estáis custodiando a Amun. Pero no la matéis. Tiene... información que necesitamos.

El ángel se detuvo y miró a Strider. Tenía los ojos verdes, como Torin. Pero al contrario que Torin, en ellos no había

sombras. Sólo llamas claras, intensas... casi como si estuvieran preparadas para lanzar un relámpago.

–Siento su infección –dijo el ángel con una voz grave–. Me cercioraré de que no salga de la fortaleza. Y de que continúe con vida por ahora.

¿Infección? Strider no sabía nada de ninguna infección, pero tampoco le importaba.

–Gracias –dijo.

Y, demonios, nunca hubiera pensado que tuviera que darle las gracias a un asesino de demonios. Bueno, aparte de a Olivia, la compañera de Aeron.

Se apartó todo aquello de la cabeza y siguió a Torin, que se detuvo ante la última puerta del pasillo, a la derecha. Tomó aire con tristeza y giró el pomo.

–Ten cuidado ahí dentro –le dijo a Strider. Después se apartó para cederle el paso.

Lo primero que notó Strider fue algo en el aire... Era algo espeso y oscuro, casi como si pudiera oler el azufre... Los cuerpos quemados y reducidos a ceniza. Y los sonidos... Oh, por los dioses, los sonidos. Eran gritos que le arañaban los oídos aunque no sonaran. Era algo inolvidable. Miles y miles de demonios danzaban juntos y creaban un coro de agonía.

Se detuvo a los pies de la cama para mirar a Amun. Su amigo se estaba retorciendo sobre el colchón, tapándose los oídos, gruñendo y gimiendo. No, en realidad, no era su amigo quien emitía aquellos sonidos. Amun estaba en

silencio, con la boca abierta, intentando liberar un grito interminable, aunque sin conseguirlo.

Tenía la piel hecha jirones y llena se sangre fresca, y también seca. Era un guerrero inmortal y sanaba rápidamente. Pero aquellas heridas... parecía como si hubieran cicatrizado y después se hubieran abierto de nuevo, una y otra vez. Y su tatuaje de mariposa, la marca de su demonio, que normalmente ocupaba su pantorrilla derecha, se le estaba moviendo por la pierna, hacia arriba, y por el estómago, rompiéndose en cientos de mariposas y uniéndose otra vez en una, y después, desapareciendo hacia su espalda.

¿Cómo? ¿Por qué?

Strider se echó a temblar y estudió el rostro de su amigo. Tenía los párpados pegados, y las cuencas de los ojos hinchadas. A Strider se le encogió el estómago y se le subió la bilis por la garganta. Sabía lo que significaba aquella hinchazón, y los arañazos que tenía en la piel.

Amun había intentado sacarse los ojos.

¿Para no ver las imágenes que se reproducían detrás?

Aquél fue el último pensamiento coherente que tuvo Strider.

La oscuridad se apoderó de él y llenó su mente. Recordó que llevaba muchos cuchillos atados al cuerpo. Debería usarlos para cortar. Para cortarse a sí mismo y para cortar a Amun. Para cortar a los ángeles y después a todo el mundo. Para hacer correr una riada de sangre roja. Para beber sangre y comer huesos y para deleitarse con los

gritos que provocarían sus acciones. Se bañaría en el terror, sentiría euforia al causar terror y se reiría.

En aquel mismo instante se echó a reír, y sus carcajadas le parecieron música.

Derrota no sabía cómo reaccionar. El demonio se rió, pero después gimió y se acurrucó al fondo de la mente de Strider. ¿Miedo? Tenía miedo.

Strider notó que algo lo atrapaba por los antebrazos con fuerza y lo arrastraba hacia atrás, pese a sus gritos y sus forcejeos. Salió de la oscuridad a la luz. Notó una quemazón en los ojos, y comenzó a llorar a causa de aquella luminosidad tan brillante. Sin embargo, con las lágrimas se lavaron las imágenes de su mente, y desaparecieron. En cierto modo.

Pestañeó para enfocar la mirada. Estaba temblando violentamente y tenía el cuerpo empapado en sudor. Las palmas de las manos le sangraban porque había agarrado sus cuchillos por las hojas y se las había clavado en la carne, hasta los huesos. Sentía dolor, pero era más o menos soportable. Abrió las manos y soltó los cuchillos, que cayeron al suelo.

Uno de los ángeles estaba frente a él y otro detrás. Cuando intentó respirar, Strider ya no percibió el olor a azufre ni a ceniza, sino a rocío. Y odió aquel olor puro, porque con su limpieza y su frescura le llegó también la realidad.

¿Aquello era lo que tenía que soportar Amun?

Strider sólo había probado un poco del sufrimiento de su amigo, y supo que nadie podría conservar la cordura si tenía que enfrentarse constantemente a aquella maldad. Ni siquiera Amun.

–¿Guerrero? –le dijo el ángel que tenía frente a sí.

–Ya soy yo mismo –respondió con la voz ronca. Pero no era cierto. Tal vez nunca volviera a ser él mismo.

Miró por encima del hombro del ángel y vio a Torin, con quien compartió una mirada de horror y entendimiento. Después volvió a mirar al ángel.

–¿Por qué demonios estáis ahí parados? –preguntó–. Que alguien lo encadene. Se está destrozando. Y que le pongan un suero. Necesita alimento. Y medicinas.

Los dos ángeles se miraron también, y uno de ellos respondió:

–Ya ha tenido una vía para el suero. En realidad, varias. Pero no le duran. Siempre se zafa de las agujas, con o sin su ayuda. Aunque sí podemos encadenarlo. Y antes que nos pidan que lo limpiemos y lo cuidemos, te diré que ya lo hacemos. Le lavamos los dientes. Lo bañamos. Le limpiamos las heridas. Lo alimentamos a la fuerza. Lo cuidamos de todas las maneras posibles.

–Pues lo que estáis haciendo no es suficiente –replicó Strider.

–Aceptamos cualquier sugerencia que puedas hacernos.

No tenía respuesta para eso. Tal vez hubiera recuperado el control de su pensamiento, pero tal y como le había dicho Torin, no se había liberado de la necesidad de matar

y de herir a los inocentes. Seguía allí, pegada a su piel, como si fuera una película de suciedad.

Y tuvo la sensación de que no iba a poder despojarse de ella ni aunque se liberara de todas las capas de carne de su cuerpo.

¿Cómo iba a sobrevivir Amun a aquello?

Capítulo 2

En los breves momentos de lucidez, Amun sabía quién era y quién había sido. También era consciente de que se había convertido en un monstruo. Quería morir, pero nadie iba a apiadarse de él para darle el golpe de gracia. Y, por mucho que lo intentara, no conseguía hacerse daño suficiente como para matarse a sí mismo.

Así que luchaba para suprimir las imágenes negras y los impulsos repugnantes que lo asaltaban constantemente y al mismo tiempo para contenerlos dentro de sí. Era un desafío imposible y sabía que iba a perder pronto. Eran demasiados y demasiado fuertes, y ya habían quemado su alma inmortal, la última atadura que lo sometía a su control. Aunque nunca lo había tenido por completo, en realidad.

Sin embargo, iba a resistirse con todas las fuerzas que le quedaran, hasta el final. Porque cuando aquellas imágenes y aquellos impulsos, aquellos demonios, quedaran libres entre los humanos...

Amun se estremeció. Se desataría la destrucción, la devastación. Sentía su sabor.

Era dulce... Sí.

Y así, aquel momento de claridad mental terminó. Su mente quedó invadida por miles de imágenes, y él ya no